

EL LECHO DE PROCUSTO



Cuentan que Procasto, hijo de Poseidón y avecindado en Eleusis, era un posadero cabroncete que disponía de una cama a la que forzosamente debían acomodarse sus huéspedes, de tal manera que, si algún infortunado no alcanzaba la total longitud del lecho, le sometía a un criminal estiramiento. Si, por el contrario, el transeúnte sobresalía, echaba mano del serrucho y asunto zanjado. Cuentan, además, las lenguas, que la puñetera cama disponía de un mecanismo que permitía regular la longitud de la yacija a voluntad del tal Procasto, con lo que no había peregrino que se acomodase a las medidas exactas.

Supe del infame posadero cuando leía diarios de sesiones de las Cortes de la II República, época en la que pululaban por la Carrera de San Jerónimo unos excelentes oradores, con una notable cultura. Eso sí, tantas veces, las florituras verbales no sirvieron sino para aventar unas fogatas con vocación de incendio.

En fin, a Dios gracias, estos tiempos no son aquéllos. Tampoco vivimos en la antigua Grecia, lo que no impide que el fantasma de Procasto erre por la vida política. Digo esto porque son legión quienes despoticen contra los aparatos de los partidos, o contra las listas cerradas, o contra los usos electorales. Nos presentan un panorama en el que, como decía Mesonero Romanos del aire de corte, “es semejante al tufo de una pieza cerrada, que sólo lo perciben quienes vienen de fuera”. Martín Ferrand critica la disciplina interna de los partidos y la contrapone a la obediencia debida en los ejércitos, donde es virtud, mientras que en el terreno político no pasa de ser “un mero mecanismo de jibarización intelectual”. El mismo columnista afirma que estos aparatos son una forma de empleo que, al menos de momento, no irrita “a las ignoradas bases que los sostienen”.

Uno, que conoce esto de cerca, y que en su día formó parte, aunque no demasiado importante, de aquéllos aparatos, cree que no falta parte de razón a los escépticos. Lo que ocurre es que si un partido quiere como es deseable mantener criterios homogéneos, posturas idénticas ante problemas idénticos, ha de establecer una línea de pensamiento y argumentación que sea clara e inteligible. Esta es la teoría, al menos. ¿Dónde radica, entonces, el problema? ¿En qué se fijan quienes critican los usos políticos? Pues en el abuso, claro. En la manivela que amplía o reduce la cama. La tendencia de quien gobierna

es creerse siempre en posesión de la verdad, y rodarse, si puede ser, de fieles camaradas que, convertidos en simples *yes men*, se entreguen con diligencia y poco ruido a la causa. Muchos líderes esperan que el público se comporte como caricaturizaba Julián Royo, personaje de “La sombra del Ciprés es alargada”, quien describía a la política como un “monumental fonógrafo tragaperras y una fila de hombres esperando turno para, mediante una limosna, deleitarse en escuchar las frases huecas y rimbombantes que salían de la trompeta del fonógrafo”.

Por supuesto, quien disienta, quien saque los pies del tiesto, se convierte en ese “objeto exterior odiable [que] exime de la mirada en el espejo”, palabras de Herbert Lüthy con no poca envidia, recogidas, con las de otros intelectuales, en una serie de entrevistas bajo el título “El odio en el mundo actual”, de Alfred A. Hässler.

De estas cosas debe proceder la percepción negativa que tantos tienen sobre esa vida política interior, tan distinta de la que sale a la luz, tan lejos del amigable *Photoshop*, tan dañina cuando al discrepante se le señala y se le convierte en enemigo irreconciliable, aun cuando el excéntrico sólo desea que le dejen en paz.

En todo caso, y me remito a mi artículo de hace un par de meses, esto es así porque así se tolera. Nos limitamos a escuchar el fonógrafo de Royo y nos resignamos a obedecer para no ser excluidos. Bueno sería que la sociedad civil fuese haciéndose más presente y más exigente. Hay debates que ni se abren ni se cierran, por ejemplo, el de las listas abiertas. Y los partidos políticos harían bien en presentarnos un rostro más humano insisto, más allá de los retoques para que la percepción de las gentes sea más benévola. Digo yo, oiga, y vaya por delante que, *mea culpa*, yo también recorrí aquellos senderos. Razón de más para saber de lo que hablo.

Ah, por cierto, se me olvidaba decirles algo: Procasto la palmó a manos de Teseo, que le aplicó sus mismas medidas.